

LA BATALLA DE VITORIA

(21 DE JUNIO DE 1813)

Alba en nítido ropaje;
claro día; sol nascente;
mucho azul en el celaje;
mucho verde en el paisaje,
y muy límpido el ambiente.

Una espaciosa llanura
por cien crestas coronada,
y serpeando en su espesura,
y dando al aire frescura,
el Zadorra en la llanada.

En medio del llano, erguida
una elevada meseta
por verde alfombra vestida,
y sobre ella desprendida
de Vitoria la silueta.

Hay sobre el Zadorra puentes
de tosca piedra y maderos,
defendidos en sus frentes
por torreones salientes,
donde brillan mil aceros.

Y junto al río acampados
luciendo ricos arneses,
muchedumbre de soldados;
á una orilla los aliados;
á otra orilla los franceses.

En los campamentos calma,
mudéz que el pecho aniquila,
duda que atenaza el alma;
y en el Zadorra una palma,
que incierta en el aire oscila.

De pronto un clarín resuena;
avanzan los batallones,
el aire el cañón atruena,
y á la sangrienta faena
se lanzan los escuadrones.

Y al grito de ¡Viva España!
Hill y Morillo y su bando,
con feroz bélica saña,
por el llano y la montaña
destruyendo y empujando;

Entre plomo, que quebranta,
envueltos en la humareda
que la pólvora levanta,
ponen audaces la planta
de Arganzón en la vereda;

Y trepando por montones
de muertos, que el plomo hacina
en informes escalones,
coronan nuestros leones
de La Puebla la colina.

Mientras Gazán, que aguerrido
el pendón francés ondea,
escapa despavorido
á recobrar lo perdido
á otro punto en la pelea;

¡Loco empeño! que valientes
Graham y Longa, y á su zaga
miles de tigres rugientes,
han embestido los puentes
por Gamarra y por Arriaga;

Y en ellos, tajo tras tajo,
se cruzan por fondo y cima
en soberbio espumarajo
¡un río de sangre abajo...
y un río de sangre encima!

Y por la sangre humeante,
que rojo vapor exhala,
Longa, marchando adelante,
arremete delirante
y los torreones escala;

Mientras Keille, coloso altivo
en mil batallas sangrientas,
destrozado y fugitivo
un rincón busca furtivo
donde llorar sus afrentas:

Al par las masas hirvientes,
que el bravo Wellington guía,
ébrias atacan los puentes
que en Asteguieta y Trespuentes
el rey José á Erlón confía,

Y aun cuando Jundiz tonante
vomita fuego y metralla,
Wellington fiero y pujante
¡adelante! y ¡adelante!
ya sus cimas avasalla.

Y el francés huye aterrado
para ocultar su mancilla;
mas Álava denodado
sobre él cae cual león airado
y sus huestes acuchilla;

Y de Francia los pendones,
que impotentes ya, no bregan,
sin convoyes, ni cañones,
hechos doscientos girones
con José al Pirene llegan,

En tanto escribe la Historia,
entre universal espanto,
la fecha, en que dió Vitoria
á España un siglo de gloria
y á Francia un siglo de llanto.

MANUEL DÍAZ DE ARCAJA.